

UN DÍA CON LÓPEZ EIRE

La vida universitaria es muy atractiva e ilusionante porque, además de las tareas propias de docencia e investigación, brinda la oportunidad de encontrar auténticos maestros, de los que no sólo se aprende ciencia. La relación que se establece con ellos genera un entusiasmo por mantener esa amistad que llega a trascender la mera vinculación académica para convertirse en afecto de amigo. Quien redacta estas líneas ha tenido la suerte de conocer al profesor López Eire como alumno, becario y ayudante con él, hasta obtener plaza en otra Universidad lejos de Salamanca, en Murcia, lo que hizo que esa relación pasara de la cercanía física a otra no menos intensa, ya que continuaba por e-mail y por teléfono en los aspectos profesionales sobre todo. Pero la relación de proximidad física se mantuvo también, ya que el profesor López Eire pasaba temporadas de vacaciones en Torrevieja con Maíta, delante mismo del mar y respirando esa suave brisa mediterránea. Es sobre aspectos de esa relación humana en Torrevieja, en Alicante o en Murcia de la que voy a hablar en estas pocas líneas.

En lo que se refiere al tratamiento quiero señalar que siempre me he dirigido a él con el usted, de manera que aquí lo mencionaré como siempre lo he hecho, como López Eire o profesor López Eire. En varias ocasiones, hace ya bastante tiempo, me sugirió que pasáramos al tuteo, pero debió de verme poco predispuesto a ello, por lo que al final desistió de su propósito. Nunca he creído que el tuteo implicara mayor amistad, afecto o cercanía que el usted.

Por otra parte, en esa relación humana no puedo hablar sólo de López Eire, sino del matrimonio de López Eire y Maíta. Siempre he considerado difícil distinguir en este nivel humano de relación

dónde acababa López Eire y dónde comenzaba Maíta. Tengo matrimonios amigos en los que se ve con claridad dónde está cada uno, de manera que según el tema de la conversación es uno u otro el que desempeña el papel más destacado. Aquí no era el caso. Salvo que tratáramos de temas de trabajo, que, obviamente, lo hacíamos cuando no estaba Maíta, había una perfecta sintonía entre ellos y todos, ellos y yo, hablábamos de manera natural, sin que uno tuviera mayor protagonismo que el otro. Era una auténtica conversación con el matrimonio, cada uno con sus aportaciones a la conversación desde su punto de vista. Pocas veces me he encontrado tan cómodo en una conversación a tres como cuando me reunía con ellos.

Son muchas y variadas las situaciones y anécdotas que podría mencionar aquí de mi relación con López Eire y Maíta, pero voy a centrarme en mis visitas a su casa de Torrevieja. Y eran unos ratos maravillosos, ya que íbamos cambiando de escenario, lo que hacía que nunca llegaran a agotarse las situaciones y se produjera el silencio ese que preconiza que se acerca la hora de la despedida. Comenzaba por una llamada de teléfono, bien yo a él o él a mí, llamada que esperábamos, ya que sabía previamente de su viaje por conversaciones telefónicas o por e-mail. Esa visita podía ir precedida en ocasiones, no siempre, por un encuentro previo, ya en Alicante, ya en Murcia, a veces porque venían de viaje desde Salamanca y otras porque, ya instalados en Torrevieja, quedábamos para vernos. Entonces comíamos o cenábamos juntos, en función de la hora, y ellos aprovechaban durante el paseo antes o después de la comida para comprar alguna cosa que necesitaran. Otras veces nos dedicábamos sólo a pasear por la ciudad. Pero, cuando estaban en Torrevieja y nos llamábamos, la conversación acababa siempre con la pregunta “¿Cuándo nos vemos? Ven cuando quieras y pasamos el día juntos”. A partir de otro momento la invitación era ya en plural, “Venid...”.

Y llegaba a Torrevieja. En ocasiones dábamos una vuelta por la ciudad antes de comer y hacíamos alguna compra. Otras veces marchábamos directamente a la playa. Me llevaban en coche hasta la playa de La Mata y allí, mientras elegían un lugar donde dejar las

sillas de playa e instalar la sombrilla, nos encontrábamos con lo que yo llamaba “el club salmantino”, parientes y amigos en diversos núcleos, todos ellos próximos, a los que saludaban y me presentaban a modo de recordatorio, “Antonio Lillo, de Murcia, ¿te acuerdas que ha estado aquí otras veces...?” Y entrábamos en el agua, diáfana, limpia, con olas, como corresponde a una playa abierta del Mediterráneo. Allí, entre chapotear y nadar a ratos intercambiábamos palabras sobre lo agradable del mar y la playa y sobre otros temas en tono de broma, con la intervención también a veces de otros miembros del “club salmantino” que estaban o pasaban a nado por allí. A continuación, en función de la hora comíamos en un restaurante o en su casa. Si era demasiado tarde, Maíta hacía la comida y siempre decía que era sencilla, pero realmente exquisita. Se notaba que, además de sus dotes en la cocina, tenía escuela familiar.

Otras veces, si llegaba a medio día a Torrevieja, íbamos directamente a comer. Y ahí siempre pedía como plato central arroz. Le encantaba el arroz. Como la paella mínima es de dos raciones, siempre lo acompañaba, pues me gusta tanto como a él. Le encantaba todo tipo de arroz de paella, con mariscos, a banda, con bogavante, etc. Tanto en Alicante como en Torrevieja hacíamos siempre igual. En Torrevieja me invitaba muchas veces en el restaurante Barlovento y otras en el Bahía, siempre con una cocina excelente y con vinos elegidos. Hablábamos de las diferencias de la cocina del arroz en los restaurantes alicantinos. En Alicante en una ocasión estuvimos comiendo arroz en el restaurante Aldebarán, varias en el Nou Manolín. Recuerdo que la última vez que nos vimos fue en Alicante el 25 de agosto. Comimos, obviamente arroz, en el restaurante Dársena las dos familias, López Eire y Maíta, María Ángeles, mi mujer, y Amelia, mi hija, y quedamos para continuar la ruta gastronómica de arroces alicantinos en octubre...

Vuelvo a Torrevieja. La comida acababa con un buen orujo. Era todo un experto en orujo. Y en esa sesión de simposio, tras la comida, los temas de conversación eran, como procedía, de simposio. Hablábamos de experiencias simposiácas, de lecciones magistra-

les sobre las virtudes del orujo, de cómo el orujo realza las cualidades de otros licores, de las propiedades digestivas del orujo, de cómo conseguir buen orujo, promesas de obsequio de una botella de buen orujo gallego el próximo viaje (promesa que cumplía)... Toda una sesión al modo de los escolios áticos de loas al noble espirituoso. Y, como es de suponer, degustando un buen orujo, tan diáfano, o más que el agua de la playa de La Mata.

Después del suculento ágape, con sus dos partes, el *syndeipnon* y el *sympósion*, en el que, a diferencia de nuestros clásicos, las mujeres también participaban, Maíta y en los últimos María Ángeles, volvíamos a su casa. Allí nos servía Maíta un café, un té o un refresco, y poco después pensaba en despedirme, por eso de no hacerme pesado. Pero surgía otra idea. “Vamos a dar una vuelta por Torrevieja”. Y allá que pasábamos a otra etapa de la visita. Podíamos ver librerías y hablábamos sobre lo que estábamos leyendo últimamente; en una ocasión recuerdo que estuvimos en un centro comercial, ya que quería comprar yo alguna cosa. En otra de mis visitas nos reunimos él y yo con unos miembros del “club salmantino”, porque iban a ver un partido de fútbol. Y allá que estuve disfrutando de las exégesis correspondientes acerca del juego y de las críticas a la inferior calidad ese día del club predilecto. Después, a media tarde tomábamos algo cerca del puerto y ya regresábamos a su casa para coger yo mi coche y volver a Murcia o a Alicante. En otra ocasión esa etapa post-simposio se alargó y acabamos por la noche tomando unos refrescos frente al mar cerca de Torrevieja, López Eire y su mujer una cerveza. Habíamos estado hablando desde antes de la comida de múltiples temas y en especial de los preparativos de la boda de su hijo Juan. Estaban muy ilusionados y se notaba por la locuacidad tanto de uno como del otro. La cuestión es que se nos hicieron las diez y media de la noche frente al mar, acariciados por la suave brisa mediterránea. Parecía que era hora de retirarnos y en esos ademanes estábamos. López Eire hacía ya un gesto con la mano y había comenzado a decir “bueno, pues entonces...”, cuando yo introduje una cuestión novedosa para ellos, justo a tiempo para que

él, con la mano ligeramente alzada y a punto de que nos levantásemos todos, acabó la frase: "... vamos a pedir otra cerveza". Y así continuamos casi una hora más.

La última vez que estuvimos con López Eire y Maíta en Torre vieja, el veintidos de agosto, estaban acompañados por su hijo, su nuera y su nieto. Yo iba con mi mujer, María Ángeles. Estaba encantado con su nieto. Estuvimos cenando junto al mar, él y yo arroz, obviamente. Acordamos vernos en Alicante pocos días después, la última vez que nos vimos.

Cuando volvamos a Torre vieja podremos estar en los mismos escenarios, con su mujer, con sus amigos, con su hijo, su nuera y su nieto. Será muy evocador. Será muy difícil aprender a vivir sin él. Tendremos la playa, las vistas desde su casa, las aguas cristalinas, la suave brisa del mar. Podremos recordar las largas conversaciones, en donde se entrecruzaba sabiduría, filosofía de la vida, ciencia, bromas,... todo. Podremos disfrutar de la magnífica gastronomía, de la que disfrutaba y nos hacía disfrutar con su generosidad. Podremos celebrar con su familia y amigos los *sympósia* con orujo. Él nos observará desde la atalaya suprema desde donde se divisa la Belleza y que nosotros, los humanos, sólo la podemos apreciar de manera parcial. Estará sin duda complacido del hueco que ha dejado en nuestros corazones y nuestra existencia. Continúa y continuará viviendo entre nosotros, siempre.

Antonio Lillo